

AUDI, FILIA: Parte 4

CAPITULO 101

De un ejercicio para negar la propia voluntad; y de la obediencia que se debe tener a los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad; y cómo se habrá el superior con los súbditos.

Y porque no se puede subir a lo alto, si primero no comienzan de lo bajo, os aviso que para subir a esta alteza de negar vuestra voluntad en cosas mayores, os acostumbréis a negarla en cosas menores; y no para quedaros en ellas, mas para pasar por ellas a lo que es mayor. Ninguna cosa hagáis, penséis ni habléis, que vaya guiada por cumplir con vuestra gana o voluntad; mas en sintiéndoos aficionada a algo de esto, entended que no estáis para lo hacer. Porque las cosas no os han de llevar a vos cautiva hacia sí mismas, mas vos con libertad cristiana traedlas a ellas a vos. Antes que comáis habéis de mortificar el apetito de la gula, y ordenar la comida a obediencia de Dios, que manda que comáis para sustentar vuestra vida. Y antes que entendáis en la hacienda habéis de mortificar la codicia, y después entender en la obra porque Dios lo manda, para vuestras necesidades y de vuestros prójimos. Y por estos ejemplos entenderéis que en todas las cosas habéis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo manda, o vuestros mayores.

Y acordaos que ésta es la manera como los viejos del yermo criaban a sus discípulos, quitándoles lo que querían, y haciéndoles obrar lo que no querían, para que en todo y del todo tuviesen negada su voluntad. Y del que en estas cosas bien aprobaba, tenían buena esperanza que llegaría a la perfección; y del otro sentían mal, porque les parecía que quien en cosas pocas faltaba,

más faltaría en las mayores; y que una voluntad acostumbrada a hacer lo que quiere en cosas de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores. Por tanto, **hacedos baja y *sujeta a toda criatura***—como dice San Pedro (1 *Petr.*, 2, 13)—y que pueda quienquiera pasar por vos, y hollar y contradecir a vuestra voluntad, como a un poco de lodo. Y a quien más os ayudare a esto, más le amad y agradeced, porque os ayuda a vencer vuestros enemigos, que son vuestro parecer y vuestra voluntad.

Haced, pues, cuenta que vuestra madre en vuestra abadesa (Doña Sancha Carrillo, a quien va dirigido este libro, vivía vida retirada en la casa paterna), a la cual obedeced con profunda humildad, sin cansaros. Y no seáis como algunas que en tomando tocas honestas, se desmandan, y echan de sí la obediencia de sus padres y mayores, no obedeciéndoles, estando en casa. Y algunas salen de casa sin licencia, y todo con título de servir a Dios; como en la verdad no haya cosa más contraria de ello, como lo que éstas hacen. Cristo, obediente fue a su Padre en vida y en muerte; y también obedeció a su Santísima Madre, y al Santo José, como cuenta San Lucas (2, 51). Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fue de ella, que por no la perder, perdió la vida en la cruz. Y no os espantéis de que tanto os encomiende la obediencia; porque como el mayor peligro que tiene vuestro estado es no estar encerrada, si nos os proveéis con huir mucho de vuestra voluntad y ser sujeta a la ajena, será añadir peligro a peligro, e iros ha mal; porque vuestra seguridad está en no querer libertad.

Y por esto no os contentéis con obedecer a vuestros padres, mas también lo haced a los mayores que en vuestra casa estuvieren. Y si del todo queréis ser obediente, también obedeced a los menores, si la orden

de casa no se perturba por esto. Mas si es menester que vos los mandéis en lo de fuera, teneos por sujeta a ellos en lo de dentro. Y para hacer esto con mayor esfuerzo, acordaos de cuando el soberano *Maestro y Señor* (*Jn.*, 13, 14) se hincó de rodillas, como si fuera sujeto o menor, a lavar los pies de aquellos que bien le querían, y de aquel que empleó los pies lavados en ir a entregar a la muerte al que con tanta humildad y amor se los había lavado. Acordaos muchas veces de acueste paso, y traed en vuestra ánima aquella palabra que entonces dijo: *Si yo, siendo Señor y Maestro, os lavé los pies, ¿cuánto más debéis vosotros lavarlos unos a otros?*

Y así amad a los menores que estuvieren en vuestra casa, como si fuérades padre o madre de ellos. Y trabajad por ellos en lo que os hubieren menester como si fuérades su esclava, llevando con paciencia la pesadumbre de sus condiciones, y demasía de sus palabras, y aun las injurias de obra. No seáis humilde para los de fuera de casa, y soberbia para los que están en ella. Ejercitad la virtud con los que tenéis más cerca y más a la mano, y ensayaos en vuestra casa para saber conversar fuera de ella.

Y acordaos de aquella santa mujer enseñada por Dios, Santa Catalina de Sena, cuya vida deseo que leáis, no para desear sus revelaciones, sino para imitar sus virtudes. Que, aunque sus padres la estorbaban el camino que ella tomaba para servir a Dios, no se turbó ni los dejó. Fuera de la celda la echaron, donde ella tenía sus santos ejercicios; y en lugar de ella, la pusieron que sirviese en la cocina; mas porque se humilló y obedeció, halló a Dios en la cocina tan bien o mejor que en la celda. No os ahoguéis vos, si al tiempo que queréis rezar os mandaren vuestros padres o Prelados hacer otra cosa; mas ofreciendo vuestro deseo al Señor, haced lo que por vuestros mayores os fuere mandado, con mucha

humildad y sosiego, teniendo confianza que obedeciendo a vuestros mayores, obedecéis a Dios; pues que está mandado por Él en su cuarto Mandamiento.

Y no por esto se excusa que podéis vos pedir con humildad a vuestros padres que os den algún lugar apartado y algún tiempo desocupado para vuestros espirituales ejercicios; y habiendo primero pedido al Señor, confiad en su bondad, que ahora os lo concedan, ahora no, todo será para vuestro provecho, si vos osáis tomarlo como de la mano de Dios, con obediencia y sosiego. Y vuestros padres darán cuenta al Señor—y no cualquier cuenta—de lo que os mandan a vos. Lo cual vos no miréis, mas conviene que lo miren ellos; pues como San Ambrosio dice, «es merced de nuestro Señor, y muy provechosa, tener hijo o hija que quiera servir a Dios en virginidad, con desprecio del mundo y particular llamamiento de vida espiritual.»

CAPITULO 102

Que no todo lo que deseamos o pedimos se ha de llamar propia voluntad. Y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho en estas palabras pasadas, veréis que dos cosas se os han encomendado: Una, que no tengáis voluntad propia; y otra, que sigáis la de Dios.

Y para declaración de estas dos partes, conviene deciros que el desear y pedir a Dios particularmente que *os libre de algún mal* espiritual, en que más peligro corréis, u os dé alguna virtud que particularmente habéis menester, no es vicio de voluntad propia, sino medio, y muy bueno, para hacer la voluntad de Dios, que nos manda apartar del mal y hacer el bien. Porque si bien

miráis, el pedir la cosa en particular, por la particular necesidad que en ella hay, ayuda a pedirse con mayor eficacia y más profundo gemido; las cuales son partes para que Dios fácilmente conceda lo que se le pide; lo cual por ventura no concediera, pidiéndose en general, por la tibieza con que se suele pedir. Y esta doctrina es conforme a la Escritura divina, pues el Señor nos enseña en la oración del Padrenuestro pedir cosas en particular; y SAanto Rey y Profeta David hacía lo mismo, según se le ofrecían particulares necesidades; y así lo han usado los Santos, pidiendo para sí y para otros.

Y aunque se puede lo mismo hacer pidiendo *cosas temporales*, como leemos del ciego que pidió vista al Señor (*Mr., 10, 51*) y otros muchos; mas como lo temporal sea cosa menos preciosa, y cuyo amor suele ser peligroso, y cuyo desprecio suele ser alabado, no hay tanta licencia para soltar el corazón a lo desear y pedir, como lo espiritual; aunque no deja de ser bien, hecho, si se pide sin congojas demasiadas, y con condición si agrada al Señor.

Cerca del cumplimiento de la voluntad del Señor, en que está nuestro bien, me podréis preguntar: ¿En qué la conoceréis? A lo cual os digo, que donde hay mandamiento y palabra de Dios o de su Iglesia, no tenéis más que inquirir, sino tened por averiguado que aquello es voluntad del Señor. Y cuando esto no hay, habéis de tener por lo mismo lo que manda vuestro superior, si claramente no consta que manda contra la Ley de Dios o de la Iglesia, o contra razón natural, Que, pues San Pablo dice (*Rom., 13, 5*), *que aunque el superior sea infiel, le ha de obedecer el cristiano, no sólo por evitar el castigo, mas por la obligación de la conciencia*, ¿cuánto más será esto verdad en los superiores cristianos, de los cuales hemos de pensar que Dios les ayuda a mandar lo justo?

Y cuando todo esto faltare, tomaréis por voluntad del Señor el consejo que os diere persona de quien se debe tomar.

Y no penséis por esto que estáis sin necesidad de pedir la lumbre del Espíritu Santo para acertar a agradar al Señor. Porque nuestras necesidades son tantas y tan en particular, que sin este Maestro, otro no basta.

CAPITULO 103

En que se comienza a declarar la palabra que dice: «Y CODICIARA EL REY TU HERMOSURA.» Y de cuan grande cosa es poner Dios su amor en el hombre. Y que no es esta hermosura la corporal; y de cuánto ésta sea peligrosa.

Cosa es de maravillar que haya hermosura en la criatura que pueda atraer a los benditos ojos de Dios para ser de Él codiciada. Dichosa cosa es enamorarse el ánimo de la hermosura de Dios; mas ni es de maravillar que la fea ame al todo hermoso, ni es de tener en mucho que la criatura ame a su Criador, pues se lo debe, y recibe de ello eterna paga. Mas enamorarse y aplacerse Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer, y cosa de que tener inefable causa de gloriarse y gozarse. Si es grande honra ser uno preso por Jesucristo, y por título muy honrado se llama San Pablo (*Ephes., 3, 1*), *preso de Jesucristo*, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro y en el ánimo cadenas de amor, ¿qué será tener el hombre a Dios preso con el amor? (Si es gran riqueza no tener corazón, por dárselo a Dios, ¿qué será tener por nuestro el corazón de Dios, el cual da Él a quien da su amor, y tras el corazón da a todo Sí? Porque de quien es nuestro corazón, de aquél somos sin duda. Grandes y muchos son los bienes que la infinita y divina Bondad da a los hombres; mas no como haciendo mucho caso de

todos ellos, en comparación de éste. Dice Job (7, 17): *Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque lo engrandeces, y pones en él tu corazón?* Dando a entender, que pues por dar Dios el corazón, se da Él, tanta diferencia va de dar su corazón por amor, a dar otras dádivas, cuanto va de Dios a criaturas. Y si por las otras dádivas debemos gracias, la principal causa es porque nos las da con amor ; y si en ellas nos debemos gozar, mucho más por hallar gracia y amor en los altísimos ojos de Dios. Esta es la verdadera honra nuestra, de la cual nos podemos gloriarnos; no de que amamos nosotros a Él, porque maldito es quien algún caso hace de sí, ensalzándose de las obras que hace, más de que un tan alto Rey, a quien adoran todos los Ángeles, quiera por su bondad amar a cosas tan bajas como somos nosotros.

Mirad, pues, doncella, si es razón de *oír, y ver, e inclinar a Dios vuestra oreja*, pues que el galardón de ello es que *codicie Dios vuestra hermosura*. Verdaderamente, aunque las palabras que manda fueran muy dificultosas, se tornaran ligeras de cumplir, con tales promesas; cuanto más siendo cosa tan poca, con el favor de su gracia, la que nos pide.

Mas diréis: ¿De dónde viene al ánima tener hermosura, pues que de sí es pecadora, y de los pecadores *se escribe (Thren., 4, 8) que es denegrida su cara mas que carbones?* Si este Señor buscase hermosura de cuerpo no es de maravillar que la hallase; porque así como Él es hermoso, crió todas las cosas hermosas, para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada a la cual, toda hermosura es fealdad. Mas sabemos que dice Santo Rey y Profeta David, hablando de la Esposa de este gran Rey (*Ps. 44, 14*), *que toda la hermosura de ella consiste en lo de dentro*, que es el ánima. Y esto con mucha razón, porque la hermosura del cuerpo es muy poca cosa, y puede estar

en quien tenga muy fea su ánima. ¿Pues qué aprovecha ser fea en lo más, y hermosa en lo menos? ¿Qué aprovecha la hermosura en que los hombres pueden mirar, y fealdad en lo de dentro donde Dios mira? ¡De fuera ángel, y de dentro demonio!

Y no sólo esta hermosura no aprovecha para ser amada de Dios, mas aun por la mayor parte es ocasión para ser desamada. Porque así como la espiritual hermosura da seso y sabiduría, así la hermosura del cuerpo la suele quitar. No tiene pequeña guerra la castidad, la humildad y el recogimiento de una parte contra la hermosura del cuerpo de otra; y a muchas mujeres les fuera mejor extrema fealdad en el rostro, para no tener con quién pelear, que gran hermosura y gran liviandad, con que fueron vencidas. No por pequeño mal dice Dios a tal ánima (*Ezech., 28, 17*): *Perdiste la sabiduría en tu hermosura*; y en otra parte (16, 25) dice: *Hiciste abominable tu hermosura*. Y dice esto, porque cuando con la hermosura del cuerpo se junta fealdad en las costumbres, es abominable la tal hermosura, y tornada en fealdad verdadera.

Bien veo yo, que si los ánimos de los que miran las cosas hermosas, y de las que son hermosas fuesen puros en buscar a Dios sólo en las criaturas, cuanto ellas fuesen más hermosas, tanto más claro espejo les serían de la hermosura de Dios. Mas ¿adonde está ahora quien no tenga por [qué] temer lo que la Escritura dice (*Sap., 14, 11*): *Que las criaturas son hechas lazo y cepo para los pies de los necios*, que son los que usan de ellas para ofensas de Dios, quedándose en ellas, siendo ellas criadas para que por ellas sirviesen a Dios y subiesen a Él como por una escalera? De estos tales era en un tiempo San Agustín; y por eso lloraba después, y decía: «Andaba yo, Señor, feo por las criaturas hermosas que tú criaste.» ¿Y adonde está la pureza de la mujer hermosa, para

tanto más guardarse limpia en el ánimo, cuanto más hermosura ve en su cuerpo? Naturalmente huímos más de ensuciarnos cuando estamos limpios, que cuando no; y hacen al contrario de esto muchas personas, que siendo feas no pecarían tanto, y de la misma limpieza toman ocasión de ensuciarse. Y de éstas dice la Escritura (*Prov., 11, 22*): *Como manilla de oro en el hocico del puerco, así es la mujer hermosa que es loca.* Muy poca honra cataría el puerco al oro que en su hocico tuviese, y no dejaría, por mucho que resplandeciese, de ensuciarlo y meterlo en el hediondo cieno. Así es la mujer loca, que emplea su hermosura sin algún asco en mil liviandades y hediondeces, ya del cuerpo ya del ánimo.

Pues si la hermosura no ayuda, antes desayuda a guardar la limpieza de la propia ánimo, ¿qué pensáis que hace en las ánimas de quien la mira? ¡ Oh, cuan buena cosa sería no tener ellos ojos para mirar, ni ellas pies para andar, ni manos para se hermosear, ni gana para ver ni ser vistas; pues de lo uno y de lo otro suele muchas veces salir el determinado deseo de mala codicia, y darse tantas puñaladas mortales en sus ánimas, cuantos malos deseos determinados tuvieron! ¿Y quién los contará? ¿Qué dirán a esto los hombres perdidos, y estas miserables mujeres, hermosas al parecer, y feas según la verdad, cuando les falte la hermosura del cuerpo, por la cual tanto trabajaron, y se tornen tan hediondos sus cuerpos en las sepulturas, cuan hediondas andaban sus ánimas debajo los cuerpos hermosos, y sean así presentadas, desnudas de bienes, delante de los ojos de Aquel al cual no curaron parecer bien; y sean avergonzadas de sus secretas maldades, probando por experiencia que vino el día en que Dios había amenazado, [y] *echó a perder los nombres de los ídolos de la tierra?* (*Zach., 13, 2*). *Ídolo* es la mujer vana y hermosa, que quiere contrahacer a Dios verdadero; pintándose como Dios no la pintó, y queriendo que los

corazones de los hombres malamente se ocupen en ella; y haciendo para ello todo lo que puede, y deseando lo que no puede. *Los nombres muy mentados de éstas destruirlos ha Dios*, para que sepan que no aprovecha ser mentadas en las bocas de los hombres, si están raídas del libro de Dios.

De esta hermosura os amonesto, doncella de Cristo, que ni aun os acordéis de ella. Porque si las mujeres vanas se pasan como quiera donde no las ve hombre, y guardan su hermosura para cuando las mire alguna muchedumbre de pueblo, o algún alto Príncipe, ¿cuánto más la doncella de Cristo debe hacer otro tanto, esperando aquel día cuando ha de ser vista de todos los ángeles, y del Señor de hombres y de ángeles, cuando parecerá mejor la faz llorosa que la risueña, y el vestido bajo que el precioso, y la virtud que la hermosura?

Mas no penséis que basta tener vuestro corazón limpio de esta vanidad, mas conviéneos mucho mirar y remirar, no seáis causa que quien os mirare se le aparte el corazón de Dios ni un solo punto. Las vanas doncellas del mundo desean parecer bien a los hombres; mas la de Cristo ninguna cosa debe tanto huir ni temer como bien parecer; porque no puede ser peor locura que desear lo que es peligro suyo y ajeno. Acordaos de lo que San Jerónimo dice a una doncella: «Guárdate que no des alguna ocasión de deseo malo, porque tu Esposo es celoso; y peor es ser adúltera contra Cristo que contra el marido.» Y en otra parte dice: «Acuérdate que te he dicho que eres hecha sacrificio de Dios; y el sacrificio da santificación a las otras cosas; y cualquiera que de él dignamente participare será participante en la santificación. Pues de esta manera haz que por tu causa, como por sacrificio divino, se santifiquen las otras; con las cuales así vivas, que quienquiera que tocare tu vida, con el mirarte, o con el oírte, sienta en sí la fuerza de la

santificación, y deseándote mirar, sea hecho digno de sacrificio.» Todo esto dice San Jerónimo,

CAPITULO 104

Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas; y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ella quieren gozar.

De lo cual veréis, que esta honra tan grande, que es ser esposa de Cristo, no anda sola, ni se ha de poseer con descuido; mas así como es el más alto título que decirse puede, así pide mayor cuidado que otro para tenerlo como conviene. No penséis que, por no tener marido que sea hombre terreno, ya por eso habéis de vivir con descuido; mas sabed que estáis obligada a mirar más y más, cuanto vuestro Esposo es mayor, y cuanto más cosas son las que Él os demanda. Con el marido de acá cumple la mujer con no tener tachas muy grandes; mas con el celestial Esposo no, si no le amáis con todo vuestro corazón y fuerzas. Y una palabra, y un rato ocioso, no pasará sin castigo. Y esto no os parezca pesado, porque aun acá en el mundo así pasa, que cuando una mujer alcanza marido más alto está obligada a ser ella mejor. Pues si podéis, considerad quién es Aquel a quien por Esposo tomasteis, o por mejor decir, quién por esposa os tomó; y veréis, que aunque lo que mandase fuese pequeño, por mandarlo Él, no hay mandamiento pequeño ni pecado pequeño, como San Jerónimo dice.

Y porque tal dignidad como ésta no la tengáis indignamente, y la honra no se os torne en deshonor, quiero ponerlos delante un dechado en que os miréis y de quien algo saquéis, que fue una doncella llamada Ásela, de la cual dice San Jerónimo: «Ninguna cosa había más alegre que su gravedad, ni más grave que su alegría;

ninguna cosa más suave que su tristeza, ni más triste que su suavidad. Así tenía amarillez en la cara, que aunque fuese señal de abstinencia, no mostraba hipocresía. Su palabra callaba, y su callar hablaba. Ni muy tardo ni muy apresurado su andar. Su hábito a la continua de una misma manera. Su limpieza era sin ser procurada, y su vestido sin curiosidad, y su atavío sin atavío. Y por sola la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella, y los malos no osen murmurar de ella.» Este es el dechado que debéis mirar para lo de fuera; que para lo de dentro no hay sino Jesucristo puesto en la cruz, al cual tanto más os debéis conformar, cuanto tenéis nombre de mayor unión con Él, que es casamiento.

CAPITULO 105

Que no debe desmayar a las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario; y del consejo con que se debe tomar; y de la alegría con que se debe guardar; y de los grandes bienes que en él hay.

Mas mirad no desmayéis, por la mucha santidad que vuestro titulo pide, temiendo más al estado, que gozándoos con él. Cuando oyéredes que os amonesta cosas tan altas, no debéis derribaros, mas esforzaros. Porque así como las cargas y mantenimiento del matrimonio no cargan principalmente sobre los hombros de la mujer, más cumple ella con guardar bien lo que el marido trae ganado, y trabajar con su flaqueza lo que pudiere, así no penséis que os tomó el Señor por esposa para dejar sobre vuestros hombros los trabajos de mantener vuestra ánima, pues que ni vos seréis para ello, ni quiere Él que la honra de ser vos la que debéis, Sea vuestra. Plega a Él que sepáis vos darle vuestro corazón,

y responderle a sus inspiraciones que Él os enviará; y que no ensuciéis, con tibieza o con soberbia o con negligencia o con indiscretos fervores, el agua limpia que en vuestra ánima lloverá; que en lo demás vuestra ánima ha de reposar, no en confianza de vos, mas de vuestro Esposo, que sabe y quiere y puede muy bien manteneros, sí vos de vuestra voluntad de su casa no os vais. Y aun en las cosas que arriba os he dicho que habéis de hacer, no las esperéis de vos sola; mas pedid al mismo Señor que os ayude, que en todo lo sentiréis piadoso Padre y Esposo.

El estado de virginidad que tenéis, no se debe tomar livianamente, por cualquiera devoción que venga, ni por no poder hallar casamiento con hombre; mas como cosa en que mucho va, ha de haber mucho consejo y experiencia, y aparejo para servir a Cristo, y haberlo encomendado a Dios días y años muy de corazón, porque no se guarde negligentemente lo que livianamente se toma. Mas cuando es tomado, como, y por el fin que es razón, debe tener mucha alegría la persona que lo tuviere, porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad. Porque así como la bendita Virgen María, que por su excelente y limpiísima virginidad, se llama *Virgen de vírgenes*, y es amparadora de vírgenes, dio fruto y no perdió la flor de su limpieza, así las vírgenes que son de verdad vírgenes, tienen fruto en su ánima y entereza en su cuerpo. Porque este celestial Esposo, Cristo, no es como los de la tierra, que quitan la hermosura e integridad a sus esposas; mas es tan guardador de hermosura, y tan amador de limpieza, que, como dice Santa Inés: «A Él sólo guardo mi fe, a Él sólo me encomiendo con toda devoción; al cual cuando amare soy casta, cuando lo tocare soy limpia, cuando le recibiere soy virgen. Ni faltarán hijos de acuestas bodas, en las cuales hay parto sin dolor, y la fecundidad de cada día es acrecentada.» Esto dice Santa Inés, como quien

probaba la suavidad de este celestial Desposado. Porque confusión, y no pequeña, es para la doncella que se llama esposa de Cristo, no gustar más de las condiciones y suavidad de su Esposo, que si fuera una extranjera.

i Oh cuántos dolores ahorra la virginidad, y cuántos cuidados y desasosiegos! Unos que por fuerza los trae el mismo estado del matrimonio de carne; otros que de la mala condición del marido suelen nacer. Mas acá, los hijos son *gozo, caridad y paz*, y otros semejantes que cuenta San Pablo (*G-al., 5, 22*). El Esposo, bueno, pacifico, rico, sabio, hermoso, y según la esposa dice en los Cantares (5, 16), *todo para desear. ¿No os parece, pues, que hace este Rey gran merced a quien toma, no sólo para esclava o sirviente, mas para esposa? ¿No os parece buen truco, parto con gozo por parto con dolor? ¿Hijos de descanso por hijos de cuidado, y que ellos traen consigo la dote, y el placer y la honra? Por cierto, como San Jerónimo dice hablando a una madre de una doncella: «No sé por qué tienes por mal que tu hija no quiso ser mujer de un caballero por ser esposa del Rey, y que te hizo a ti suegra de Cristo.»*

No resta, pues, doncella, sino que así os alegréis con el estado que el Señor por su bondad os dio, que tengáis cuidado de ser la que debéis; y así temáis de vuestra flaqueza, que confiéis en el Señor, que acabara en vos lo que ha comenzado; para que así, ni de la merced hecha os dé alegría vana, ni el temor de lo mucho que debéis os derribe; mas entre temor y esperanza caminéis, hasta que el temor se quite con el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza, cuando tengamos presente y sin temor de perder aquello que aquí en ausencia esperábamos.

CAPITULO 106

De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa; y cómo al alma que está en pecado le faltan todas cuatro.

Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos : ¿pe dónde hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa, porque no pensemos que lo había este Rey por la hermosura del cuerpo. Ahora tornemos a nuestro propósito.

Habéis de saber, que para ser una cosa del todo hermosa cuatro cosas se requieren. La una, *cumplimiento* de todo lo que ha de tener; porque faltando algo, ya no se puede decir hermosa; como faltando una mano o pie, o cosa semejante. La segunda es *proporción* de un miembro con otro; y si es imagen de otra cosa, ha de ser sacada muy al propio de su dechado. Lo tercero ha de tener *pureza de color*. Lo cuarto *suficiente grandeza*; porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos que ni una sola de ellas tiene. No *cumplimiento*, porque faltándole la fe o la caridad y dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa a quien tantas cosas le faltan. No tiene *proporción* entre sí, porque ni obedece la sensualidad a la razón, ni la razón a Dios. Mayormente, siendo el ánima criada a imagen de Dios, era razón que para guardar su hermosura, fuera semejante en las virtudes a su dechado, como lo es en su ser natural. Pues siendo Dios bueno y el ánima mala; Dios limpio, ella sucia; Dios manso, ella airada, y así en lo demás, ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan disconforme está a su dechado? Pues lo tercero, que es una *luz* espiritual de gracia y conocimientos, que avivan la hermosura del ánima, como los colores al cuerpo,

también le falta; porque ella anda en tinieblas, y está *denegrida más que carbones*, como lo llora Jeremías (*Thren.*, 4, 8). Pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni *chica*, que ser pecador, que es nada y menos que nada.

De manera, que faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea. Y porque todas las ánimas, que en los cuerpos que de Adán vienen son criadas, ordinariamente son pecadoras, sigúese que todas son feas.

CAPITULO 107

Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni Ley natural o de Escritura, bastaban a la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia.

Esta fealdad del pecado es tan dificultosa, y por mejor decir, es tan imposible de ser quitada por fuerza de criatura, que todas juntas no pueden hermosear una sola ánima fea. Lo cual denota el Señor por Jeremías, diciendo (*Jerem.*, 2, 22): *Si te lavares con salitre, y con abundancia de jabón, todavía estás manchada en mi acatamiento.* Quiere decir, que para quitar esta mancha, ni aprovecha *salitre* de reprensiones de los Profetas, ni recios castigos de la Ley vieja, ni tampoco *blandura* de los halagos y prometimientos que Dios entonces hacia. Manchados estaban los hombres entre los castigos y entre las consolaciones; entre amenazas y promesas. *Porque por las obras de la Ley vieja ninguno era justificado delante los ojos de Dios*, como dice San Pablo (*Rom.*, 3, 20), y por eso no podía haber *hermosura* para ser *codiciada de Dios*, pues no habla justificación, que es causa de la hermosura.

Y si en la Ley y sacrificios dados por Dios no podía darse hermosura, claro es que menos la habría en la Ley de naturaleza, pues que no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escritura. Que la hermosura que entonces hubo en los ánimos de muchos que fueron justos, así en la Ley de naturaleza como de Escritura, alcanzóse por el derramamiento de la sangre del precioso Cordero, Jesucristo nuestro Señor; el cual, como dice San Juan (*Apoc, 13, 8*), *fue muerto desde el principio del mundo*. Porque aunque fue muerto en la cruz *en los postreros días del mundo*, que así llaman los Apóstoles al tiempo de la venida de Cristo, se dice ser muerto *desde el principio del mundo* porque desde entonces comenzó su muerte a obrar perdón y gracia en los que la tuvieron, tomándola como en fiado, para después la pagar en la cruz. Porque ordenó Dios, que así como un padre fue la cabeza y fuente de pecado y muerte para todos los que de él viniesen por vía ordinaria, así quiso que uno fuese, por el cual fuesen libres, todos los que lo quisieren ser, del mal en que el otro nos había metido, y aun de los que añadimos nosotros. Así dice San Pablo (*Rom., 5, 19*), *que como por la inobediencia de uno, fueron constituidos pecadores muchos, así por la obediencia de otro, serán constituidos justos muchos*. Y así como *la obediencia que Jesucristo tuvo a su Padre hasta la muerte, y muerte de cruz*, no sólo hace justos por imitación, mas dando verdadera justicia (Véase el cap. 88), así el mal que Adán nos hizo, no sólo fue sernos ejemplo de pecar, mas hacernos de verdad pecadores con pecar él. Y así lo que San Pedro dijo (*Act., 4, 12*), *que no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual nos convenga ser salvos, sino en el de Jesucristo*, no sólo se entiende desde que Dios encarnó, mas desde el principio del mundo según hemos dicho; pues los que estaban en gracia de Dios, lo estaban por merecimientos de acueste Señor, mediante la fe y penitencia.

Y aunque, circuncidando a un niño, se le daba gracia con que quedaba justo, y el pecado original perdonado, mas no le daba la circuncisión abundancia de gracia "ex opere operato" que aquello guardábase para los Sacramentos de la nueva Ley; mas era una protestación de la fe, que del Mesías que había de venir que entonces se tenía. Y si después cuando grande perdía la gracia por algún pecado mortal, ofrecía algún animal, según Dios lo mandaba, cuya sangre se derramase en el templo; no para justificar, porque no tenía virtud para ello, sino para que el pecador protestase su fe que tenía en el Señor que había de venir; y con esta fe y con la interior penitencia de sus pecados, que Dios le inspiraba, era hecho participante de la preciosa sangre de Cristo, que se había de derramar para el perdón de los pecados.

Y no sólo había remedio en la Ley de Escritura por fe y penitencia interior, según hemos dicho, mas también en Ley de naturaleza, aunque no se requería tan explícita la fe en nuestro Señor. Y también había exteriores protestaciones de aquesta fe, cuales el Señor, *que quiere que todos se salven*, les inspiraba; para que, aunque las gentes diversas, y los ritos en lo exterior fuesen diversos, el Salvador sea uno, *medianero de Dios y los hombres, Hombre Cristo Jesús*, como dice san Pablo (1 *Tim.*, 2, 5).

CAPITULO 108

Que Cristo nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea; y que fue más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo.

Considerad, pues, cuan fea es, y cuánto se debe huir la mancha que causa el pecado, pues una vez recibida en el ánima, ni se pudo lavar con tanto derramamiento de

sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en su templo, ni todas las fuerzas humanas para ello bastaron. Y si el hermoso Verbo de Dios no viniera a hermosearnos, duráranos para siempre la fealdad del pecado. Mas viniendo el Cordero sin mancha, pudo, supo y quiso lavar nuestras manchas; y destruyó nuestra fealdad, y diónos su hermosura.

Y para que veáis cuan razonablemente el Hijo de Dios, más que el Padre y el Espíritu Santo, convenía que con su sangre hermosease nuestra ánima fea, considerad que como se atribuye al Padre la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, porque *Él es perfectísimo, sin defecto alguno, y es imagen del Padre*, como San Pablo dice (*Hebr., 1, 3*), y tan al propio, que por ser engendrado por vía de entendimiento, es semejante del todo a su Padre, el cual le dio la misma esencia que *Él* tiene. De manera, que *quien a Él ve, ve al Padre*, como dice el Santo Evangelio (*Jn., 14, 9*). Pues por esta *proporción* tan igual del Hijo con el Padre, con razón se le atribuye la hermosura, pues tan al propio está sacada la Imagen de su dechado. *Luz* no le falta, pues que se llama Verbo, que es cosa engendrada por el entendimiento y en el entendimiento; como lo dice San Juan (*1, 9*), *que era Luz verdadera. Grandeza* no le falta, pues tiene inmensidad infinita.

Y por esto convino que este Hermoso, por quien fuimos hechos cuando no éramos, viniese a repararnos después de perdidos; y vistiéndose de carne, tomase en ella la semejanza de nuestra fealdad, y diese en nuestras ánimas la lindeza de su hermosura. Y aunque el ser nosotros castigados, ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fue de tanto valor el ser castigado el Hermoso, que cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su Pasión, cayó sobre nosotros el blando jabón de su

blancura. Y aunque Dios dice al pecador (*Jerem., 2, 22*): *Aunque te laves con salitre y hierba de jabón, no serás limpio*; mas dando a entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra parte (*Is., 1, 18*): *Si fueren vuestros pecados como grana, serán blanqueados como la nieve; y si fueren bermejos como sangre, con que tiñen carmesí, serán blancos como la lana blanca.*

Muy bien creía esto Santo Rey y Profeta David cuando decía (*Ps. 50, 9*): *Rociarme has con hisopo, Señor, y seré limpio; lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve.* *Hisopo* es una hierba pequeña y un poco caliente, y tiene propiedad para purgar los pulmones por do resollamos. Y esta hierba juntábanla con una vara de cedro, y ataban la hierba al palo con una cuerda de grana dos veces teñida; y atado junto, decíanle hisopo, con el cual mojado con sangre y agua—y otras veces con agua y ceniza—, rociaban al leproso, y al que había tocado cosa muerta, y con aquello era tenido por limpio. Muy bien sabía David que ni la hierba, ni el cedro, ni la sangre de pájaros, ni de animales, ni el agua, ni ceniza no podían dar limpieza en el ánimo, aunque la figuraban; y por eso no pide a Dios que tome en su mano este hisopo, y lo rocíe con él, mas dícelo por la humanidad y humildad de Jesucristo nuestro Señor; la cual se dice *hierba*, porque nació de la tierra de la bendita Virgen María, y porque nació sin obra de varón, como la flor nace del campo sin ser arado ni sembrado. Y por esto dice (*Cant., 2, 1*): *Yo soy flor del campo.* Y esta hierba se dice *pequeña*, por la bajeza que en este mundo tomó, hasta decir (*Ps., 21, 7*): *Gusano soy y no hombre, deshonra de hombres, y desprecio del pueblo.* Esta carne humillada es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no puede ser curada sino con esta tan grande humildad; pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad.—Y no se os

olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo, por el fuego del amor que en sus entrañas ardía, se quiso abajar para nos purgar; dándonos a entender que si el que es alto se abaja, ¿cuánta razón es que el que tiene tanto por qué se abajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, que el hombre lo debe ser. Esta carne medicinal fue junta al palo del cedro, cuando fue puesta en cruz, y atada con delgada hebra de lana dos veces teñida. Porque aunque duros, y gruesos, y largos clavos le tenían fijados con ella los pies y las manos, si su abrasado hilo de amor no le atara a la cruz, queriendo Él entregar la vida para matar nuestra muerte, poca parte fueran los clavos para le tener. De manera, que no ellos, mas el amor le tenía. Y este amor es doblado, como grana dos veces teñida; porque por satisfacer a la honra del Padre que por los pecados era ofendido, y por amor de los pecadores que estaban perdidos, padeció Él lo que padeció.

CAPITULO 109

Que la sacra humanidad de Cristo fue figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer a Moisés; y qué era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio.

La ropa que el Sumo Pontífice de la Ley se vestía, había de ser de grana teñida dos veces; porque la santa humanidad de Cristo, que es su vestidura, se había de teñir en sangre por amor de Dios y del prójimo derramada.

Y esta carne, puesta en la cruz, es el velo que Dios mandó hacer a Moisés (*Ex., 28, 33*) de *jacinto y carmesí y grana* dos veces *tenida*, de blanca y retejada Holanda, hecho con labores de aguja, y tejido con hermosas diferencias. Porque esta santa humanidad es teñida con

sangre, como el *carmesí* ; es abrasada con fuego, significado en la *grana*, según hemos dicho ; es blanca, como la *holanda*, con castidad e inocencia; y es *retejada*, porque no fue muelle, ni relajada, mas apretada debajo de toda disciplina virtuosa, y de muchos trabajos. Y está bien significada en el *jacinto*, que tiene color de cielo, porque es formada por obra sobrenatural del Espíritu Santo, y por eso se llama celestial; con otras muchas lindezas y virtudes que tiene, formadas por el saber muy sutil de la sabiduría de Dios. Y este velo manda que se cuelgue en cuatro columnas que lo sustenten, que quiere decir, que en cuatro brazos de cruz fue puesto Cristo; y cuatro Evangelios le ponen y predicán manifiesto delante del mundo.

Pues como el real Profeta Santo David fue tan alumbrado Profeta en saber los misterios de Cristo que habían de venir, viéndose afeado con aquel feo pecado cuando tomó la oveja y mató al pastor (Cuando tomó a Bersabé y mató a Urías), temiendo la ira del Omnipotente, con la cual estaba amenazado por boca del Profeta Nathán (2 *Reg.*, 12, 10), suplica a Dios que le hermosee su fealdad, no con hisopo material, pues que el mismo David dice a Dios (*Ps.* 50, 18) *no te deleitarás con sacrificio de animales*; mas pide ser rociado con la sangre de Jesucristo, atado con cuerdas y lazos de amor en la cruz, confesando que aunque su fealdad sea mucha, e imposible a él de quitarla, que *será emblanquecido más que la nieve* con la sangre que de la cruz cae.

i Oh Sangre hermosa de Cristo hermoso, que, aunque eres colorada más que rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche! Y i quién viera con cuánta violencia eras derramada por los sayones, y con qué amor eras derramada del mismo Señor! Y i cuán de buena gana, Señor, extendías tus brazos y pies, para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra

soltura tan mala, que en deseos y obras tenemos! Gran fuerza ponen contra Ti tus contrarios; mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que no ellos, mas él te venció. *Hermoso* llama David a Cristo (*Ps. 44, 3*), *sobre todos los hijos de los hombres*; mas este hermoso sobre hombres y ángeles, quiso disimular su hermosura, y vestirse—en su cuerpo y en lo de fuera—, de la semejanza de nuestra fealdad que en nuestras ánimas teníamos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura, como lo es una pequeña pajita en un grandísimo fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejantes a Él.

CAPITULO 110

De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos; para lo cual se declara un lugar de Isaías.

Si bien miramos las condiciones ya dichas que se requieren para ser uno hermoso—todas las cuales están excelentemente en el Verbo divino—, hallaremos que todas las disimuló y escondió, para que siendo escondidas en Él, se manifestasen en nosotros.

Muy entero y *acabado* y lleno es el Verbo de Dios, pues ninguna cosa le falta ni le puede faltar, y quita Él la falta a todas las cosas. Mas este tan rico en el seno del Padre, miradle hecho hombre en el vientre y brazos de su Madre, y por todo el discurso de su vida y muerte; y veréis cuántas veces le faltó el comer y el beber en toda su vida; cuan falto fue de cama para echarse, cuando le puso la Virgen en el pesebre, porque ni cama ni lugar tenía en el portal de Belén. ¿Cuántas veces le faltó con qué remediar su frío y calor, y no tenía sino lo que le daban? Y si en la vida *no tenía en qué reclinar su cabeza*, como Él lo dice (*Mt., 8, 20*), ¿qué diréis de la extrema

pobreza que en su muerte tuvo? En la cual menos tenía dónde reclinar su cabeza; porque, o la había de reclinar en la cruz, y padecer extremo dolor por las espinas, que más se le hincarían en ella, o la había de tener abajada y en vago, no sin grave dolor. ¡ Oh sagrada cabeza—de la cual dice la Esposa (*Cant.*, 5, 11), *que es oro finísimo*, por ser cabeza de Dios—, y cuan a tu costa pagas lo que nosotros contra tu amor nos inclinamos en las criaturas, amándolas y queriendo ser amados y alabados de ellas, haciendo cama de reposo en lo que habíamos de pasar de camino hasta descansar en Ti! Y la causa por que pasa esta falta y pobreza, declara San Pablo (2 Cor., 8, 9): *Bien sabéis, hermanos, la gracia que nos hizo nuestro Señor Jesucristo, que siendo Él rico, se hizo pobre por nos, para que con la pobreza de Él fuésemos nosotros ricos*. Veis aquí, pues, disimulada muy por entero la primera condición de hermosura, que es ser en todo cumplido, pues le falta tanto en el suelo al que en el cielo es la misma abundancia.

Pues si miráis a la otra condición del hermoso Verbo de Dios, cómo es perfectísima imagen del Padre, igual a El, y *proporcionado* con Él, hallaréis que, no menos que la primera, la disimula en la tierra. Decidme: ¿qué es el Padre, sino fortaleza, saber, honra, hermosura, bondad y gozo, con otros semejantes bienes, que todos ellos son un Bien infinito? Pues poned de una parte este admirable dechado, glorioso en sí, y adorado de ángeles, y acordaos de aquel paso—que había de pasar y traspasar a lo más dentro de nuestras ánimas—, de cuando la hermosa imagen del Padre, Jesucristo nuestro Señor, fue sacado de la audiencia de Pilato, cruelmente azotado, y vestido con una ropa colorada, y con corona de escarnio en los ojos de los que le veían, y de agudo dolor en el cerebro de quien la tenía; las manos atadas, y con una caña en ellas, los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de sangre que de la cabeza venía, las mejillas

amarillas y descoloridas y llenas de sangre, y afeadas con las salivas que en su faz habían echado. Y con este dolor y deshonra fue sacado a ser visto de todo el pueblo, diciendo: *Mirad al hombre*; y esto para que a Él se le creciese vergüenza de ser visto de ellos, y ellos hubiesen compasión de Él viéndolo tal, y dejasen de perseguir a quien tanto veían padecer. Mas, ¡oh con cuan malos ojos miraron las penas de quien más se penaba por la perdición de ellos, que por su propios dolores! Pues en lugar de apagar el fuego de su rabiosa malquerencia con el agua de sus deshonras, ardióles más y más, como fuego de alquitrán que arde en el agua, y no escucharon la palabra a ellos dicha por Pilato: *Mirad al hombre*; mas no queriendo verle allí, dicen que lo quieren ver en la cruz.

Anima redimida por los dolores de Cristo, escuchad vos, y escuchemos todos esta palabra: *Veis ahí el hombre*; o: *Mirad el hombre*; porque no seamos ajenos de la redención de Jesucristo, no sabiendo mirar y agradecer sus dolores. Cuando quieren sacar alguna cosa para ser vista, suelen ataviarla lo mejor que pueden, para que enamore a los que la vieren; y cuando quieren sacar otra para que sea temida, cercanía de armas y de cuantas cosas pueden, para que hagan temblar a los que la vieren; y cuando quieren sacar alguna imagen para hacer llorar, vístenla de luto y pénenle todo lo que incita a tristeza. Pues decidme: ¿qué fue el intento de Pilato en sacar a Cristo a ser visto del pueblo? No por cierto para ser amado ni temido, y por eso no lo hermoseó ni cercó de armas y caballeros; mas sacólo para aplacar los corazones crueles de los judíos con la vista del Redentor; y esto no por amor, que bien sabía Pilato que entrañablemente le aborrecían; mas queríalos aplacar a poder de sus grandes tormentos, y a propia costa de su delicado cuerpo. Y por eso atavió Pilato tan ataviado a Cristo de tormentos tales y tantos, que pudiesen obrar

compasión en los corazones de los que lo viesen, aunque muy mal le quisiesen. Y por tanto, es de creer que lo sacó el más afligido y abatido y deshonorado que él pudo, revién dose en afearle, como se revén en una novia para ataviarla; para que por aquesta vía aplacase la ira de los que le desamaban, pues no podía por otras que había intentado. Pues, decidme: si salió Cristo tal que bastaba a apagar el fuego de la malquerencia en los corazones de los que le aborrecían, ¿cuánta razón es que su vista y salida encienda fuego de amor en los corazones de quien le conoce por Dios, y le confiesa por Redentor?

Mucho tiempo antes que esto acaeciese vio el Profeta Isaías (53, 2) este paso, y contemplando al Señor dijo: *No tiene lindeza, ni hermosura. Miramos le y no tenía vista; y deseámosle despreciado, y el más abatido de los hombres, varón de dolores, y que sabe de penas. Su rostro estuvo como escondido y despreciado, y por tanto no le estimamos. Verdaderamente Él llevó nuestras enfermedades, y Él mismo sufrió nuestros dolores; y nosotros le estimamos como leproso y herido de Dios, y abajado.* Si estas palabras de Isaías quisiéredes mirar una por una, veréis cuán *escondida* estuvo la hermosura de Cristo en el día que trabajó para hermostearnos. Dice la Esposa en los Cantares hablando con Cristo (*Cant., 1, 15*): *Hermoso eres y lindo, Amado mió;* y aquí dice Isaías, que *no tiene lindeza ni hermosura,* Y Aquel en cuya cara se revén los ángeles *y la desean mirar* (1 *Petr., 1, 12*), aquí dice que *no tiene vista.* Y Aquel que *cuando entró en este mundo fue,* por mandado del Padre, adorado *de todos los ángeles* (*Hebr., 1, 6*), ahora que sale del mundo es despreciado de muy viles hombres.

Dice David de Cristo (*Ps. 8, 7*): que es *ensalzado sobre todas las obras de las manos de Dios;* y dice Isaías que *está el más abatido de todos los hombres.* Y si esto fuera comparándolo con los que eran buenos, no fuera

tanto el desprecio. Mas ¿qué diréis, que siendo cotejado con Barrabás, matador y alborotador y ladrón, les parece mejor que Cristo, que es dador de la vida, hacedor de las paces del Padre y del mundo; y está tan lejos de tomar lo ajeno, que, como dice David (*Ps. 68, 5*), *pagó lo que no tomó?*

Cristo no tenía por qué tener dolor, pues la causa de él es el pecado que en el mundo cupo; mas llámale aquí Isaías *varón de dolores*, que quiere decir, muy abundante de dolores; porque aunque no supo por experiencia de malos deleites, es varón que sabe de muy recias penas, porque las experimentó, y en tanta abundancia que diga Él por boca del Santo Rey y Profeta David: *Muy llena de penas está mi ánima (Ps. 87, 4)*.

Cristo se llama luz, porque con sus admirables palabras y obras alegraba y sacaba de tinieblas al mundo ; mas esta luz, dice Isaías que *tuvo su gesto (semblante) como escondido*. Porque si solamente es mirado con ojos del cuerpo, no sé quién le pudiera conocer por el rostro, por mucho que antes lo hubiera tratado. Lo cual no es mucho de maravillar, porque aunque la Virgen, para siempre bendita, y en aquel día la más lastimada de las mujeres, lo parió y envolvió, y se remiraba en su cara como en un espejo luciente; mas con todo esto creo que, si allí estaba presente en este paso de tanto dolor, miraba y remiraba, con cuanta atención las lágrimas de los ojos y el dolor del corazón le daban lugar, si era aquél su benditísimo Hijo, que tan de otro color y manera estaba, que antes le había conocido.

Y si los que lo miraban creyeran que todo esto pasaba el Señor, no porque lo debiese, mas porque amaba a los que lo debíamos, fuera alivio a la pena de Cristo. Mas ¿qué diremos, que dice Isaías que lo tuvieron *por herido de Dios y abatido?* Porque pensaban que Dios

lo abatía así, por sus pecados, y que merecía aquello y mucho más; y por eso pidieron que fuese puesto en la cruz. De manera, que de fuera quitaban sus ojos de mirarle, porque habían asco de Él, como de un leproso; y en el corazón lo tenían por malo, y digno de aquello y mucho más. Cosa era para mirar y llorar, que si le miraban, escupían hacia Él, y si no le miraban, habían grandes ascos, como de cosa muy fea. Lo que de Él hablaban eran injurias, que tanto lastimaban como los dolores; y con todo, decían que no tenía lo que merecía, mas que lo pusiesen en cruz.

CAPITULO 111

De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar a Cristo; y de la diversa operación que esta palabra: «Mirad a este hombre», ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles.

¿Quién no se maravillará y dará alabanzas a Dios por su saber infinito, que por modo tan extraño quiso redimir al mundo perdido, sacando los mayores bienes de los mayores males que los hombres hicieron? ¿Qué cosa peor en el mundo se ha hecho ni se hará, que deshonorar y afear y atormentar y crucificar al Hijo de Dios? Mas ¿de cuál otra cosa tanto provecho vino al mundo, como de esta bendita Pasión?

Pensaba Pilato, cuando ataviaba a este desposado con atavíos de muchos dolores, que para los ojos de aquel pueblo no más lo ataviaba, y ataviólo para ser visto de todo el mundo universo; sirviendo en esto, aunque él no lo sabia, a lo que Dios tanto antes había prometido, diciendo (*Lc., 3, 6*): *Verá todo hombre la salud de Dios.* Esta salud, Jesucristo es, al cual dijo el Padre (*Isa., 49, 6*): *En poco tengo que despiertes a servirme las tribus de*

Jacob, y que me conviertas las heces de Israel. Yo te di en luz de las gentes, para que seas salud mía hasta lo postrero de la tierra. Jesucristo predicó en persona (Mt., 15, 24) a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel no más; y después sus santos Apóstoles, en el mismo pueblo de Israel comenzaron a predicar; y convirtiéronse, no todos los judíos, mas algunos, y por esto dice las heces. Mas no paró la salud del Padre, que es Cristo, en el pueblo de los judíos, mas salió cuando fue predicado por los Apóstoles en el mundo; y ahora lo es, acrecentándose cada día la predicación del nombre de Cristo a tierras más lejos (Alude a la predicación del Evangelio que los misioneros españoles llevaban al nuevo mundo, al cual pretendió pasar el autor, recién ordenado de sacerdote), para que así sea luz, no sólo de los judíos que creyeron en Él, a los cuales predicó en propia persona, mas también a los gentiles que estaban en ceguera de idolatría tan lejos de Dios.

Y entonces se cumple lo que aquel santo cisne Simeón cantó, ya que se quería morir, diciendo (Lc., 2, 29): Ahora dejas, Señor, a tu siervo en paz, según tu promesa; porque vieron mis ojos a tu salud, la cual pusiste ante el acatamiento de todos los pueblos, lumbre para los gentiles, y honra para tu pueblo de Israel. Si miramos que Cristo fue puesto por mano de Pilato a ser visto de aquel pueblo en su propia casa, y después en lo alto de la cruz en el monte Calvario, claro es, que aunque de todo estado y linaje, naturales y extranjeros, que habían venido a la Pascua, había gran copia de gente; mas no fue Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos, como dice Simeón en su cantar. Y, por tanto, es Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos cuando es predicado en el mundo por los Apóstoles y sus sucesores, de los cuales dice Santo Rey y Profeta David (Ps. 18, 5), que en toda la tierra salió su sonido, y hasta los fines de la tierras sus palabras. Y

Cristo así predicado, es *luz*, entonces y ahora, *para los gentiles* que le quieren creer; y es *luz y honra para los judíos* que también le quieren creer, como lo nota San Pablo, diciendo (*Rom., 9, 5*): *De los cuales viene Cristo, según la carne, el cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por todos los siglos* (Téngase presente que Maestro San Juan de Ávila era oriundo de linaje judío).

Pues miremos cuán de otra manera lo ordenó Dios de como lo pensaba Pilato. El pensaba que ponía a Cristo en acatamiento de aquella gente no más, y dijo: *Veis ahí el hombre*. Y pensó, cuando no quisieron que fuese suelto, mas pidieron que lo crucificase, que ya no había Cristo de ser más visto de nadie. Mas porque vio el Padre Eterno que tal espectáculo como aquel de su Unigénito Hijo, *imagen de su hermosura*, no era razón que tan pocos ojos ni tan malos lo mirasen, ni que a corazones tan duros se presentase, ordenó que se diese otra voz muy mayor, y que sonase en el mundo, y por boca de muchos y muy santos pregoneros, que dijese: *Mirad este hombre*. Porque la voz de Pilato sonaba poco, y era uno, y malo, y lleno de temor, por el cual sentenció a muerte a Cristo; y no merecía ser él pregonero de esta palabra: *Mirad a este hombre*; y por eso lo mandó Dios pregonar a otros, y tan sin temor, que antes quisieron y quieren morir, que ni un solo punto dejar de predicar y confesar la verdad y gloria de Cristo. Pilato era sucio, porque era infiel y pecador; mas de los pregoneros de esta voz: *Mirad a este hombre*, profetizó Isaías (52, 7) diciendo: *¡Cuán hermosos son los pies sobre los montes—, de los que predicán buenas nuevas de paz y de bienes, y que dicen: Sión, reinará tu Dios! El Dios de Sión es Jesucristo, en suya persona dice David (Ps., 2, 6): Yo soy constituido Rey de mano de Dios sobre Sión, monte santo suyo, predicando su mandamiento. Y este Rey que predica, el mandamiento del Padre, que es la palabra del santo Evangelio, comenzó a reinar en Sión cuando fue recibido*

el domingo de Ramos por Rey de Israel, en el templo que estaba puesto en el monte de Sión. Y para dar a entender que este reino había de ser en las cosas espirituales, se dice en David *ser constituido Rey sobre el monte de Sión*, que es monte donde estaba el templo en que a Dios se ofrecía su divino culto. Y después, cuando este Señor envió en el mismo monte Sión el Espíritu Santo sobre los suyos, y fue predicado públicamente en medio de Jerusalén, y en las orejas de los Pontífices y fariseos, entonces se acrecentaba su reino; y cuando se convirtieron del primer sermón de San Pedro cosí *tres mil hombres* (Act., 2, 41), crecía este reino. Y cuando más gente se convertía, *predicaban los Apóstoles a Sión: Reinará tu Dios*. Como quien dice: Aunque ahora este Señor es conocido de pocos, mas siempre irá creciendo su reino, hasta que al fin del mundo reine en todos los hombres, galardonando con misericordia a los buenos, y castigando *con vara de hierro* (Ps., 2, 9) de rigurosa justicia a los malos. Esta es la voz de los predicadores de Cristo, que dice: *Reinará tu Dios*.

Y porque en el corazón del hombre sucio no reina Cristo, pues reina el pecado, no es razón que predique a los otros el reino de Cristo el que en su ánima no consiente reinar a Cristo. Y por eso dice Isaías *que son hermosos los pies de los que predicán la paz*. En los pies son significados los deseos del ánima, que han de ser *hermosos*. Y por eso no quiere Cristo que se cubran con zapatos los pies de los predicadores por la parte de arriba (Alude al texto: *No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestras bolsas; ni alforja para el camino, ni dos ropas, ni zapatos...* (Mt., 10, 9, 10; véase Lc., 10, 4), porque lo hermoso de ellos lo pone Dios en público para ejemplo de muchos. Mas mire mucho quien tiene limpios los pies, no piense que él se los limpió, mas dé gracias a Aquel que lavó el Jueves Santo los pies a los discípulos con agua material, y lava las ánimas de todos los lavados con su

Sangre bendita.

No era, pues, razón, que tan limpio Rey como Cristo, fuese anunciado con boca sucia, como la de Pilato; ni que para espectáculo en que tantas y tan grandes maravillas había que mirar, como era Cristo cuando salió a ser visto del pueblo, hubiese un pregonero no más, y que tan poco sonase. Y si Pilato pensó que ya no había de haber memoria de Cristo, ni quien de Él hubiese compasión, ordenó Dios que, en lugar de los pocos que le escupían, hubiese, haya y habrá muchos que con reverencia le adoren. Y en lugar de los que no querían mirarle de asco, haya muchos más que se revean en mirar aquella benditísima cara—aunque esté puesta en cruz—, como en espejo muy luciente. Y en lugar de los que pensaban que lo que padecía lo merecía, haya tantos que confiesen que ningún mal hizo por que padeciese, sino que ellos pecaron, y Él padeció por amarlos. Y si la crueldad de aquéllos fue tanta, que no hubieron de Él compasión, mas pidieron que fuese muerto en la cruz, quiere Dios que haya muchos que deseen morir por Cristo y digan con toda su ánima:

*¡Heridas tenéis, Amigo,
y duelen os!
¡Yo las tuviese por vos!*

No piense Pilato que atavió a Cristo en balde, aunque no pudo mover de compasión de Él a los que allí estaban, pues que tantos, acordándose de estos trabajos de Cristo, han tanta compasión de Él, que están azotados, y coronados, y *crucificados* en el corazón *con Él*, como dice San Pablo de sí (*Gal., 2, 19*), y en persona de muchos.

CAPITULO 112

De cuánta razón es que nosotros miremos a este hombre, Cristo, con los ojos que lo miraron muchos de aquellos a quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos; la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.

Muy justa cosa es, doncella, que estas razones tan justas, y estos ejemplos tan vivos de muchos, os muevan a que, quitada toda tibieza, se fije en vuestro corazón con amor entrañable el que por vos con graves dolores fue puesto y fijado en la cruz, y que no seáis vos de los duros, que aquella voz oyeron en balde, mas de los que oírla fue causa de su salvación. No seáis de aquellos que no supieron estimar al que presente tenían, mas de los que dice Isaías: *Deseamos verle. Porque muchos reyes y profetas desearon ver la faz y oír la voz de Cristo nuestro Señor (Lc., 10, 24). Mirad, pues, doncella, a este hombre, Cristo, que por un indigno pregonero suyo es pregonado. Mirad a este hombre, para oír sus palabras, porque éste es el Maestro que el Padre nos dio. Mirad a este hombre, para imitar su vida, porque no hay otro camino para ser salvos, si Él no. Mirad a este hombre, para haber compasión de Él, pues que estaba tal, que bastaba a mover a compasión a los que mal le querían. Mirad a este hombre, para llorar, porque nosotros le paramos con nuestros pecados tal cual está. Mirad a este hombre, para le amar, pues padece tanto por nos. Mirad a este hombre, para os hermosear, porque en Él hallaréis cuantos colores quisiéredes, con que os hermoseéis: bermejo, de las bofetadas que recientes le han dado; cárdeno, de las que rato ha, y en la noche pasada le dieron; amarillo, con la abstinencia de la vida toda y trabajos de la noche pasada; blanco, de las salivas que en la cara le echaron; denegrado de los golpes, que le habían magullado su sagrada cara; las mejillas hinchadas, y de cuantos colores las quisieron pintar los sayones. Porque según está profetizado por Isaías (50, 6),*

en persona de Cristo: *Mis mejillas di a los que las arrancaban; y mi cuerpo a quien lo hería.* ¡Qué matices, qué aguas, que blanco, qué colorado hallaréis aquí para os hermohear, si por vuestro descuido no queda! *Mirad, doncella, a este hombre,* porque no puede escapar de muerte quien no le mirare. Porque *así como alzó en un palo Moisés la serpiente en el desierto (Núm., 21, 9; Jn., 3, 14)* para que los heridos mirándola viviesen, y quien no la mirase muriese, así, quien a Cristo puesto en el madero de la cruz no mirare con fe y con amor, morirá para siempre.

Y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre diciendo (*Ps., 83, 10*): *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo,* así nos manda el Eterno Padre diciendo : «*Mira, hombre, la faz de tu Cristo; y si quieres que mire Yo a su faz para te perdonar por Él, mira tú a su faz para me pedir perdón por Él.*» En la faz de Cristo nuestro mediador se junta la vista del Padre y la nuestra. Allí van a parar los rayos de nuestro Creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes. Cristo se llama *Cristo del Padre* porque el Padre lo engendró, y le dio lo que tiene; llámase *Cristo nuestro,* porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. *Mirad, pues, en la faz de vuestro Cristo,* creyendo en Él, confiando en Él, amando a Él, y a todos por Él. *Mirad en la faz de vuestro Cristo,* pensando en Él, y cotejando vuestra vida con Él, para que en Él, como en espejo, veáis vuestras faltas, y cuan lejos vais de Él; para que conociendo vuestras faltas que os afean, toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veis correr, y con dolor limpiéis vuestras manchas y quedéis hermosa.

Así como los judíos quitaban los ojos de Cristo porque le veían tan maltratado, así Cristo quita sus ojos del ánimo que es mala, y la abomina como leprosa; mas después que la ha hermoheado con la gracia que le ganó

con sus trabajos, pone sus ojos en ella diciendo (*Cant., 4 1*): *¡Cuan hermosa eres, amiga mía, cuan hermosa eres! Tus ojos son de paloma, sin lo que está escondido dentro.* Dos veces dice *hermosa*, porque ha de ser justa y hermosa en cuerpo y en ánimo; de dentro en deseos, y de fuera, en obras. Y porque ha de ser más lo de dentro que lo de fuera, por eso dice: *Sin lo que de dentro está escondido.* Y porque la hermosura del ánimo, como dice San Agustín, consiste en amar a Dios, por eso dice: *Tus ojos son de paloma;* en lo cual se denota la intención sencilla y amorosa, que a sólo agradar á Dios mira, sin mezcla de interés propio.

Mirad, pues, a Cristo, porque os mire Cristo a vos. Y así como no habéis de pensar que Él haya hecho alguna cosa por la cual El mereciese tomar sobre si imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que Él os ha dado. De gracia, que no de deuda, se vistió nuestra fealdad; y de gracia, y sin deuda, nos vistió de esta hermosura. Y a los que piensan que la hermosura que tienen en su ánimo la tienen de sí, dice Dios por Ezequiel (16, 14): *Perfecta eras con mi hermosura, que había puesto sobre ti; y teniendo fiducia en tu hermosura, fornicaste en tu nombre, y pusiste tu fornicación a cualquiera que pasaba, para ser hecha suya.* Esto dice Dios, porque cuando un ánimo atribuye a sí misma la hermosura de justicia que Dios le dio, es como *fornicar consigo misma*, pues quiere gozar de sí misma en sí y no en Dios, que es su verdadero Esposo, del cual le viene el ser hermosa; y quiere más gloriarse en su nombre—que es *fornicar en su nombre*—, que gloriarse en Dios, que le dio lo que tiene. Y por eso con mucha razón le quita Dios la hermosura que le había dado, pues se le quería alzar con ella. Y como este vano y mal aplacimento, que en sí mismo se toma, es soberbia y principio de todo mal, por eso dice: *Pusiste tu fornicación a cualquiera que pasa;* porque el soberbio, como tiene

por arrimo a sí mismo, que es vanidad, a cualquier viento es llevado, y hecho cautivo de cualquier pecado que pasa; y con mucha razón, pues no quiso humillarse para permanecer teniendo a Dios por arrimo.

Mirad, pues, este hombre en Sí, y miradlo en vos. En Sí, para ver quién sois vos: en vos para ver quién es Él. Sus deshonras y abatimientos, vos los merecíades, y por eso aquello es vuestro; lo bueno que en vos hay, suyo es, y sin merecerlo vos, se os ha dado.

CAPITULO 113

En que se prosigue el modo como habernos de mirar a Cristo, y cómo era Él todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura.

Si sabéis aprovecharos de lo que os he dicho, pondréis toda vuestra atención a mirar con espirituales ojos a este Señor, y hallaréis que os será más provechoso, que si con solos los ojos de carne le viéades. Porque a los ojos de carne parecía Cristo afeado, mas a los de la fe muy hermoso. A los del cuerpo, dice Isaías, que *estaba su faz como escondida*; mas a los ojos de la fe no hay cosa que se le esconda; mas como ojos de lobo cerval (lince), que ven tras paredes, traspasan lo que parece de fuera, y entrando en lo interior, hallan fortaleza divina debajo de aquella humana flaqueza, y debajo de la fealdad y desprecio, hermosura con honra. Y por eso lo que dijo Isaías: *Vímosle, y no tenía hermosura*, díjolo en persona de los que lo miraron con ojos del cuerpo no más. Mas tomad, doncella, la luz de la fe, y mirad más adentro, y veréis cómo éste que sale en semejanza de pecador, es justo y justificador de pecadores; éste que muere, es inocente como cordero; éste que tiene la cara muy amarilla, es en Sí muy

hermoso, y por hermosear a los feos se paró tal. Y pues mientras el esposo más pasa por la esposa y más se abaja, más lo debe ella ensalzar; y mientras más sudado viene, y con heridas y sangre por amor de ella, más hermoso le parece, mirando el amor con que se puso a trabajos por ella, claro es que, mirando la causa de tomar Cristo esta fealdad, parecerá más hermoso mientras más afeado

Decidme: si *la primera* condición de hermosura escondió, cuando de rico y abundante, se abajó a que le faltasen muchas cosas, ¿qué fue la causa, sino porque a nos ningún bien faltase? Y si fue hecho al parecer *desemejante* a la imagen del Padre hermoso, no fue sino porque ordenó el Padre de no darnos hermosura, sino tomando su Hijo nuestra fealdad. Y si escondió *lo tercero*, que es la luz o color, cuando aquella sagrada cara estaba amortiguada y obscurecida, y aquellos ojos lucientes se obscurecían, ya que quería morir y después de muerto, ¿por qué fue esto, sino por dar luz y color vivo a nuestras oscuridades? Según Él mismo lo figuró, cuando de su saliva, que significa a Él cuanto a Dios, y la tierra, que significa la humanidad, hizo lodo, que significa su abatida Pasión, y con aquella bajeza recibió vista el ciego, que significa el género humano. Y si *lo cuarto* que es el ser grande, Él escondió cuando se hizo hombre, y el más abatido de todos los hombres, ¿por qué fue, sino para conformarse con los chicos, y pegarles su grandeza? Según fue figurado en el grande Eliseo (4 *Reg.*, 4, 34), que para resucitar el muchacho chico, se encogió y midió con él, y así le dio vida.

Pues si San Agustín dice, que amando a Dios somos hechos hermosos, claro es que en la obra de mayor amor, más somos hermosos. Pues en qué cosa tanto se mostró el grande amor que Jesucristo tenía a su Padre, como en padecer por su honra, como Él dijo (*Jn.*, 14, 31): *Porque*

conozca el mundo que amo al Padre, Levantaos, y vamos de aquí. Mas ¿adonde iba? Claro es que a padecer. Y pues mientras una es mejor obra, tanto es más hermosa— porque lo bueno es hermoso y lo malo feo—, claro está que cuanto Cristo más padecía, mejor obra era; y, por tanto, mientras más abajado y afeado, más hermoso es a los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, mas pasólo por honra del Padre y provecho de nosotros. Estos son los ojos con que habéis de *mirar a este hombre* siempre, para que siempre os parezca hermoso como lo es. Y también para que sepa Pilato allá en el infierno, do está [lo más probable], que pone Dios unos ojos a los cristianos, con los cuales mirando a Cristo, tanto más hermoso les parezca, cuanto él más afearlo quiso.

Ahora oíd cómo todo esto dice San Agustín: «Amemos a Cristo; y si algo feo halláremos en Él, no le amemos. Aunque Él halló en nosotros muchas fealdades, y nos amó. Y si halláremos en Él algo feo, no le amemos. Porque el estar vestido de carne, por lo cual se dice de Él: *Vimosle y no tenía hermosura*, si considerares la misericordia con que se hizo hombre, allí también te parecerá hermoso. Porque aquello que dijo Isaías: *Vimosle, y no tenía hermosura*, en persona de los judíos lo decía. Mas ¿por qué le vieron sin hermosura? Porque no le miraron con entendimiento. Mas a los que entienden *el Verbo hecho hombre*, gran hermosura les parece; y así dijo uno de los amigos del Desposado (*Gal., 6, 14*): *No me glorío yo en otra cosa sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor.*—¿Poco os parece, San Pablo, no haber vergüenza de las deshonras de Cristo, sino que aun os honráis de ellas?—¿Por qué no tuvo Cristo hermosura? Porque *Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y parece necedad a los infieles gentiles (1 Cor., 1, 23)*. Mas ¿por qué tuvo Cristo en la cruz hermosura? Porque (v. 24) *las cosas de Dios que parecen necedad, son más llenas de saber que lo sabio de todos los hombres. Y las cosas*

de Dios que parecen flacas, son más fuertes que lo más fuerte de todos los hombres. Y pues así es, parézcaos Cristo Esposo hermoso, siendo Dios hermoso, Palabra acerca del Padre. Hermoso también en el vientre de la Madre, adonde no perdió la divinidad y tomó la humanidad. Hermoso el Verbo nacido infante, porque aunque Él era infante que no hablaba, cuando mamaba, cuando era traído en los brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella trajo a los Reyes Magos, fue adorado en el pesebre, en el que fue puesto como manjar de animales mansos. Hermoso, pues, es en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el vientre de la Madre, hermoso en los brazos de Ella; hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso convidando a la vida, hermoso no teniendo en nada la muerte; hermoso dejando su ánima cuando expiró, hermoso tornándola a tomar cuando resucitó, hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo, hermoso en el entendimiento. La suma y verdadera hermosura, la justicia es. Allí no le verás hermoso adonde le hallares no justo. Y pues en todas partes es justo, en todas partes es hermoso.» Todo esto dice San Agustín.

Y cierto; si con estos ojos mirásedes a Cristo, no os parecería feo, como a los carnales que en su Pasión le despreciaban; mas con los santos Apóstoles que en el monte Tabor lo miraban, pareceros ha *su rostro resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve (Mt., 17, 2)*; y tan blancas, *que, como dice San Marcos (9, 2), ningún batanero sobre la tierra las pudiera emblanquecer tan bien.* Lo cual significa que nosotros, que somos dichos *vestidura de Cristo (Isai.. 49, 18)* porque le rodeamos y ataviamos con creerle y amarle y alabarle, somos tan blanqueados por Él, que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que Él nos dio, de gracia y justicia. Parézcaos Él *como el sol, y las ánimas por Él redimidas, blancas como la nieve.*

Aquellas, digo, que confesando y aborreciendo con dolor su propia fealdad, piden ser hermoseadas en esta piscina de sangre del Salvador; de la cual salen tan hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben por Él, que bastan a enamorar los ojos de Dios, y que le sean cantadas con gran verdad y alegría las palabras ya dichas: *Deseará el Rey tu hermosura (Ps., 44)*.

DEO GRATIAS

FIN

>> sigue índice >>